

S.UE(DL)
F(101)

dorotea


los sueños te dicen lo que va a venir

dorotea



YO SOY
VOZ DE LA
MEMORIA Y
CUERPO DE LA
LIBERTAD

ACTORAS DE CAMBIO



historias de vida
colectiva actoras de cambio

© **colectiva actoras de cambio** 2011

coordinación amandine fulchiron

investigadora amandine fulchiron

traductora amalia chub

transcriptora vilma sub

redacción maría José pérez

edición chuy tiñoco

diseño e ilustración laura sánchez cortés

impresión editorial artgrafic internacional

Esta publicación puede ser reproducida en parte o en totalidad, bajo este o cualquier tipo de formato, a favor de nuestra vida y libertad como mujeres, aquí y en todo el planeta.

los sueños te dicen lo que va a venir

dorotea

SE PROHIBE
Subrayar y/o marginar este libro,
en caso de devolverse subrayado
SE COBRARA SU VALOR

La montaña y la finca de café

Yo ahí nací en una parte de Senahú. Cuando tenía diez años cuidaba a mis hermanitos cuando lloraban, tenía que bañarles y lavar sus ropas porque mi mamá estaba trabajando.

A veces jugaba con las demás niñas contando las hojas y decíamos que era dinero.

Cuando tenía, como once años, iba con mi papá a limpiar chile y frijol y a tapiscar¹, también podía moler maíz en la piedra. Donde trabajaba mi papá quedaba muy lejos de la casa, había que caminar mucho, lo que hacíamos era ir dos días y llevábamos la piedra para moler maíz; allá en el campo hacíamos las tortillas, mi hermano nos acompañaba y ellos dos tapiscaban mientras yo me quedaba a preparar la comida.

Nosotros somos tres, tengo un hermano y una hermana; éramos seis pero tres se murieron cuando los dieron a luz. Mi hermano y yo trabajábamos mucho pero mi hermana no, ella no quería ir al campo y tal vez mis padres la querían mucho y a nosotros no, porque nos mandaban a tapiscar; o tal vez era que a mi hermano y a mí nos gustaba mucho jugar y cuando nos enojábamos, nos peleábamos, por eso mi mamá nos mandaba a buscar leña y a tapiscar maíz mientras que mi hermana se quedaba en la casa a lavar la ropa y a preparar la comida. Antes mi mamá estaba muy enferma; a veces pienso que a mí me hubiera gustado quedarme en la casa: a veces mi mamá quería su cal, sal o azúcar y a mí me hubiera gustado haber hecho los mandados porque en la montaña hay mucho calor para trabajar. Pero de todas formas me gustaba ir con mi papá al campo, así cuando llegábamos a la casa, ya estaba lista nuestra comida. Aunque es duro ir a tapiscar, hay algunas personas que me dicen: “antes has trabajado mucho, por eso te duele la espalda”, y es cierto.

1 Recolectar el maíz, cortando las mazorcas de la planta.

S.UECDL
F(101)

Vivíamos en la hacienda, pero mi papá se cansó de estar allí porque tenía que ir a la finca Panacté a trabajar. Todos los que vivían ahí se iban y se regresaban juntos; había algunos hombres que cuando se venían, buscaban leña para sus esposas, pero mi papá no podía hacer muchos trabajos. Las otras mujeres no salían mucho a trabajar, en cambio mi mamá y yo sí salíamos; así aprendí a buscar leña y a tapiscar y a ir a la montaña. Si no hubiera aprendido tal vez ahora tendría miedo de ir a la montaña, en cambio me voy a donde quiero.

Ahí en la finca, el terreno era del patrón pero la milpa era de nosotros, era finca de café. Yo no trabajaba en la cosecha del café, solamente mi papá. A veces los caporales criticaban mucho a los hombres, decían que no trabajaban bien. Tal vez por eso mi papá salió de trabajar ahí y nos fuimos a La Esperanza cuando yo tenía doce años; después mi papá también trabajó allá en la finca, cerca de la Esperanza, pero no le pagaron sus días y cuando vino la guerra se fueron los dueños. Antes de la guerra iba a pedir su pago a Panzós y al Estor, cuando vino la guerra ya no lo pudo pedir.

Yo tenía una mi amiga que se llamaba Candelaria. Ella me acompañaba a cortar chile y si no podía ella, me acompañaba mi hermano. Candelaria se quedaba en mi casa conmigo cuando salía mi mamá, no hablábamos de parejas porque antes no conocíamos nada de noviazgo, lo único que hacíamos era cocinar güisquil² y lo comíamos. A esa joven una vez la

2 Fruto de la chayotera, de aproximadamente diez centímetros de longitud, de color verde claro, forma alargada y superficie rugosa con algunos pelos punzantes.

pararon en el camino y la abrazaron, yo me enojé porque sabía que no era bueno; fue un día que fuimos a acarrear agua. Yo no platicaba, mi mamá me había dicho que no debía buscar problemas en la calle, pero sí le dije al muchacho: “si en verdad quieres a la muchacha, ¿por qué no te vas a la casa de su papá a pedirla?”.

A mí no me molestaban los hombres porque soy enojada, saben cómo es mi carácter. Al hombre que agarró a mi amiga le pegué con mi tinaja. No quería buscar problema con cualquier hombre en la calle, conocí a uno hasta que me junté con mi marido. Lo que me decía mi mamá, sus consejos, los tenía en mi mente: yo ya sabía que si un hombre quiere a una mujer, es mejor que platique con su papá para que no tenga problema; que los hombres no tienen que agarrar a las mujeres y que las mujeres no se tienen que dejar cuando las quieren golpear y eso mismo es lo que les dije a mis hijos, eso es lo que aprendí de la palabra de Dios que nos daba el catequista Pablo Sis en la iglesia, allá en la Esperanza, y de mis padres.



El Tzuultaq'a

Antes, cuando había ceremonias, mi papá me contaba cómo es la relación con el Tzuultaq'a y me preguntaba quiénes nacieron primero, si las plantas o los animales. Lo que yo hago cuando mi papá hace ceremonia maya es ayudar en la cocina a preparar todo lo que se necesita; mi papá, cuando organiza, adorna el altar; lo único que hacemos nosotras es buscar flores de los árboles y traerlas para decorarlo. También hacen caldo de gallinas para comer a media noche y queman su copal pom³, su candela, eso significa la luz en nuestra vida. Si no hiciéramos la ceremonia, no tendríamos idea de cómo hacer las cosas en nuestras vidas, así como dice la palabra de Dios: "la claridad que les doy en sus vidas es la luz", la luz nos sirve para salir en cualquier lugar, nos ayuda a pedir protección. Cuando mi papá hace su ceremonia, pide la protección de sus hijos para que no les pase nada; por ejemplo, cuando uno construye un corral para sus gallinas eso sirve para que a las gallinas no les pase nada, así también hace mi papá con nosotros, o como cuando uno tiene sus animales y hay alguien quien les da de comer y de beber agua y así están bien alimentados, así también el Tzuultaq'a tiene sus animales como el tacuazín; si uno hace su ceremonia no le pasa nada ni a sus animales tampoco.

También pedimos para que no deje venir a los animales que nos hacen daño, como la culebra; para pedir permiso dónde caminar, para que no te pase nada en el trabajo, para todo eso sirve la ceremonia que hacen los ancianos, pero ahora

3 Especie de incienso.

los jóvenes ya no respetan lo que hacemos, dicen que los ancianos no saben. Cuando uno no pide al Tzuultaq'a la protección de los animales o la luz, esos animales no crecen rápido, siempre están enfermos y mi papá dice: "tú también tienes la culpa, tal vez tu casa está llena de basura, no tienes una buena limpieza o te olvidas de alimentar". Yo digo que es cierto, me doy cuenta en los niños: cuando uno no tiene buena higiene con su niño, ese niño no crece rápido, y cuando lo baña todos los días y le da de comer, tiene buena salud.

Igual si ha habido derrumbes y otros problemas, es porque los Tzuultaq'a se enojan cuando no tienen comida, o porque en el mundo somos muchas personas y hay algunos que están cortando los árboles sin pedir permiso. Si uno da comida o agua al Tzuultaq'a, ellos se ponen contentos, se alimentan del copal pom, de las candelas, el cacao y la carne. Si uno hace todo esto, el Tzuultaq'a no hace nada, te dan las gracias, pero hay algunas personas "que no se acuerdan de nosotros y por eso estamos bien delgados y estamos sufriendo mucho por el hambre y por la sed, porque ya no tenemos nada de comida". Te lo dicen en el sueño, que "gracias por acordarte de nosotros". Cuando creció el río detrás de la casa también lo soñé, vi que pasó un tractor y ellos me dijeron: "no te preocupes, sólo vamos a pasar porque usted siempre se acuerda de nosotros".

Cuando el Tzuultaq'a me aparece en sueños es como un señor igual a don Marco, como los ancianos que nos guían; ese espíritu que nos habla tiene los cabellos amarillos, es un dios pero se presenta de otras formas, se parece a las personas

que vienen de otro país; los Tzuultaq'a te hablan cuando uno está en el camino de hacer la ceremonia, pero cuando uno no se entrega a dios, no aparecen. Mi papá le preguntó a los Tzuultaq'a si es cierto lo que dicen muchas personas: "que estoy haciendo brujería cuando hago la ceremonia maya". Los que hablan mal de uno son los evangélicos, ellos no se dan cuenta de que están comiendo bien por los Tzuultaq'a. Claro que siempre piden por sus cultivos pero no se dan cuenta de que no están dando nada y de que uno no puede vivir sin agua. Mi papá a veces quiere dejar de hacer la ceremonia pero yo le digo: "¿por qué lo vas a dejar si ya llevas mucho tiempo de hacerla? Es mejor olvidarse de todo lo que dicen las personas; estamos probando comida porque usted se está esforzando en hacer la ceremonia y está luchando por hacer su trabajo en la aldea China Milagro". Ellos también han soñado que nosotros vamos a pasar encima de esa aldea y dicen que es Satanás. Antes de la guerra empezaron con la religión evangélica y después, como a los seis meses, dijeron: "si ustedes no quieren ir a esa religión, entonces van a morir". Mucha gente sí cambio su religión.

Una avioneta roja, un avión blanco

Mi papá soñó, cuando todavía no había venido la guerra, que del cielo bajaba una avioneta de color rojo y otro avión de color blanco. Yo también lo soñé y vi que a ese cerro que está ahí vino una avioneta y empezó a escarbar; nunca pensé que iba a venir una guerra, sólo recuerdo que poco a poco fui pensando cuál era el significado y ahora lo sé.

Si uno no sabe el significado de su sueño, no sabe qué va venir. Cuando todavía no había empezado la guerra, vivíamos felices en nuestra comunidad y no había susto, caminábamos felices en las montañas, pero cuando vino ese problema ya no pudimos salir a ninguna parte ni pasar por nuestro cultivo, cuando uno salía te decían que habías ido a dejar comida. Cuando empezó el problema fue cuando los militares vinieron a esta aldea y empezaron a trabajar; hacía como un mes de que mi papá había soñado y había empezado a pedir a Dios. Quemó su copal pom y su candela para preguntar el significado de su sueño, pero después, cuando empezó la guerra, ya no pudo hacer su ceremonia.

“Ahora él es tu esposo”

Yo tenía catorce años cuando mi papá me juntó con mi marido. Antes a las mujeres jóvenes los padres no las dejaban de salir; yo me quedo en mi casa a hacer limpieza y además hay personas que inventan cosas que no dije, por esa razón no salgo a visitar. Cuando hay ceremonias maya, bailo, pero cuando hay fiestas no, tengo miedo de los bolos. Ya me había juntado con mi marido cuando una de mis familiares inventó mis palabras y tuve problemas grandes: esa mujer dijo que llegaban hombres con nosotras a la casa. Por eso mi mamá no me daba permiso para salir ni para jugar con las demás niñas, se enojó conmigo y me dijo: “¿no te dije pues que no es bueno salir a pasear porque ahí empiezan los problemas?”.

Cuando me junté, primero llegó el hombre a la casa de mi papá junto con sus testigos, y los testigos de mi papá me llevaron a la casa donde estaba viviendo mi esposo, después nos fuimos junto con ellos y ahí empezaron a darnos consejos y me dijeron: “ahora ya viniste a vivir a la casa de donde vive tu marido, no queremos que vayas a buscar otro hombre”. “Ni otra mujer”, le dijeron a mi marido. “Ahora te tenés que levantar muy temprano para preparar comida, y tu esposo tiene que ir trabajar muy temprano y así no van tener problema”. Después me dijeron: “ahora él es tu esposo”, y después le dijeron a mi marido: “ahora ella es tu mujer”, y nos juntaron. Yo no sabía de las relaciones con los hombres porque no le había preguntado a mi mamá, ni ella me había dicho. A veces hablan de eso entre mujeres; hasta cuando me junté, algunas me dieron consejo y ahí me di cuenta de lo que era mi menstruación.

Antes de que te lleguen a pedir no te dicen nada, los padres aceptan primero y luego te dicen: “ahora te vas a juntar”. Yo escuché cuando llegaron pero no sabía qué era eso ni para qué me estaban pidiendo, y también lloré mucho cuando dejé a mi mamá. Con mi papá no me enojé porque sabía que no podía pasar encima de él y además me daba consejos que no voy olvidar, por eso lo respeto. Así fue y ahora a mi mamá le duele y quiere que yo esté cerca de ella, que le ayude a lavar sus ropas, a preparar la comida porque se quebró un brazo. Yo le digo que no se puede, que ahora tengo mi terreno; también le dije que ella tiene la culpa pues aceptó que me juntara desde pequeña. No la abandoné, la ayudo un poco con dinero porque sé que está enferma; pensé que mi hermana se iba a quedar a cuidarla, pero se fue, no quiso quedarse con ella.

El día de la pedida prepararon un almuerzo pero yo no comí, estaba un poco triste y además no conocía a mi esposo, porque apenas llevábamos dos años de vivir en La Esperanza; tal vez por eso no quería ir con él. Estuvimos dos meses con la señora quien llegó a pedirme, que era bien enojada y no le gustaba mi trabajo. Después nos fuimos a nuestra propia casa.

La primera noche que pasé con mi esposo no dormí a la par de él sino solita, nadie me dijo lo que tenía que hacer, y estuvimos dos semanas separados, no dormíamos juntos ni preguntábamos eso, nos daba mucho susto. Algunas mujeres platican sobre eso que va a suceder en la noche pero a mí no me gusta hablar, tengo mucha vergüenza, no me gusta decir lo que me pasó, es pecado.

Cuando estuve junto con mi marido todo estaba bien; como él tenía sus hermanas, salíamos junto con él a pasear, pero encontrábamos problema porque era bien celoso. Una vez me pegó porque se cayó mi hijo; otro día se enojó conmigo porque yo estaba en la iglesia orando, él se había ido a Telemán y cuando llegó a la casa yo no estaba, no había torteado y él quería su comida, me fue a traer, me pegó con un cincho y yo no hice nada. Ya mero me iba salir, le conté a mi papá todo lo que me había hecho, él vino a mi casa y le preguntó a mi marido: "¿es cierto que estas peleando con mi hija?", y él no respondió. Después dijo: "no, yo no estoy pegando a su hija", y mi papá le dijo: "¿cómo que no? La asustaste. ¿Por qué no me dijiste de una vez si sólo vas a estar pegándole? Me dijiste que la querías para tu esposa, por eso acepté que te juntaras con ella. ¿Qué error cometió ella para que le estés pegando, si se fue a

la iglesia para adorar a Dios?”. Ahí mi marido empezó a llorar y dijo: “discúlpame, papá. Yo venía un poco bolo, por eso pasó”. Mi papá le dijo: “me voy a llevar a mi hija, hasta aquí llegaste. Tal vez hay otra mujer con quien te vas a juntar; pues está bien, pero que sea para toda su vida”. Y él dijo: “discúlpame, no sé qué me pasó cuando pegué a mi esposa; lo que pasa es que tomé unas cervezas y ya no va a pasar”.

Yo no sabía, pero sí escuchaba en la palabra de Dios que no es bueno que el marido maltrate a su esposa, también que la mujer no tiene que dejarse cuando le pegan; para qué se fue a pedirme, para qué quiso juntarse conmigo si me iba a tratar mal, si eso no se puede. Dios nos dio consejo y no somos animales para que dejemos que nos peguen. Hay algunas que se dejan y no analizan cómo están viviendo, en cambio yo desde de joven me defiendo. Hay algunas mujeres que se dejan abrazar por los hombres, a mí no me gusta lo que las otras hacen.

Mi primer marido no quiso casarse conmigo y yo sí quería casarme con él; mi papá compró el velo pero no quiso. El pobrecito no se casó y cuando uno no está casado, no va su espíritu con dios cuando muere; eso fue lo que le dije y él me decía: “claro que me voy a casar, pero con una ladina”. Cuando tuve a mis dos hijos, me decía que no eran suyos, que yo estaba buscando otro hombre y yo le perdoné; tuvimos muchos problemas. Antes yo estaba muy enferma, no como estoy ahora, no podía caminar, se me hinchaban los pies y lloraba mucho en mi cama, él me pegó como dos veces.

Los hijos

Mis dos primeros hijos son de mi primer marido, pero quedaron huérfanos. Cuando nació mi hijo, estaba enfermo, tenía problema con un ojo que le dolía mucho; vino mi comadre y me dijo que fuera a su casa para ver qué hacíamos con el niño; nos tardamos una semana y cuando regresé, mi marido dijo que yo había ido a buscar a otro hombre, que mi hija era de otro hombre pero no era cierto, no soy loca para aceptar a otro, yo sé que estaba con mi comadre. La enfermedad que tenía mi hijo no se curaba y lo que hice fue comprar un ojo de una vaca, lo puse a secar al sol y le eché un poco en el ojo, con eso salió mucha sangre. Él sólo puede ver con un ojo desde que nació, aunque le dieron medicina, pero ni con eso se le curó.

Me acuerdo mucho que mi hija todavía era pequeña cuando mataron a mi marido, tenía cuatro años. Sufrí con ellos para poder mantenerlos: cuando yo salía a comprar, ella no se quedaba, siempre andaba conmigo; el niño no me acompañaba porque se iba a trabajar, en cambio mi hija y yo nos quedábamos en la casa.

Cuando eran pequeños empezaban a jugar y cuando se enojaban, se peleaban. El varón es bien enojado, tal vez se llevó el carácter de su papá, no quería que mi hija jugara con él porque era el mayor y le gustaba jugar en el campo pelota con sus amigos; ella no tenía amigos, no salía a jugar a otros lugares y otra cosa: ella no estudió mucho, mi hijo estuvo cinco años en la escuela y mi hija sólo tres años. Iban a la escuela de La Esperanza cuando empezaron, pero después,

con la guerra, la quemaron. Sí había casas cerca de la escuela, pero personas ya no, ya habíamos salido de esa comunidad; entonces mis hijos estudiaron aquí en Sepur Zarco y cuando regresamos a la Esperanza ya no estudiaron porque la escuela quedaba lejos; cuando regresaron a La Esperanza ninguno de los dos pudo estudiar pues cuando empezaron a reconstruir la escuela, mis hijos ya estaban grandes.

Yo hablo con ellos de lo que pasa con los hombres y las mujeres, aunque directo porque es pecado, no les digo exactamente qué es. Con mi hija hablé, le dije que no debe meterse al agua cuando esté bajando su menstruación y también aprendió en la escuela; le aconsejé que si se iba a meter con un hombre, entre los dos hay que decidir. Cuando ella quedó embarazada no me dijo nada, me di cuenta cuando se empezó a enojar la esposa del hombre; la regañé y ella no quería escuchar lo que yo estaba diciendo, se fue a Cobán y ahí se compuso en el hospital, ya tenía ocho de embarazo; cuando regresó ya tenía su bebé y después, cuando el bebé tenía un año la llegaron a pedir. Yo le dije al hombre: "¿sí la vas a cuidar? Porque ya tiene un bebé". El hombre no dijo nada y ella se fue con él.

Mi hijo varón, Pablo, es celoso. Yo ya no lo veo, está en su casa y si le digo algo se enoja conmigo; cuando estaba pequeño y no me hacía caso yo le pegaba, pero ahora ya no, porque él me dice que ya no está en mi casa. Yo le pegaba para que se diera cuenta de quién era su mamá y su papá, quién lo estaba manteniendo y también para que aprendiera sus trabajos. Si uno no les pega no te hacen caso. Igual mi papá me dio consejo con cincho y me dolió, pero como es mi

papá no le iba a decir nada. Yo no usaba siempre el cincho, a veces lazo, pero también platicaba con ellos para que supieran que tenían que respetar a su papá, si no, no iban a aprender sus trabajos. Mis hijos se pelean con mi segundo marido y le dicen: “¿por qué le dijiste a mi mamá que nos ibas a mantener y ahora resulta que no lo haces?”. Él los maltrata y dice que por gusto estoy gastando dinero si no son míos.

Y hasta ahora no sabemos en dónde se quedaron...

Antes de que viniera la guerra yo iba siempre a reuniones con mi papá, tenía trece años y no le daba interés. Mi papá me decía que no debía contar nada a otras personas; no me decían qué era lo que escuchaban en la reunión, pero ya hace mucho que la comunidad se estaba organizando para luchar por la tierra. En La Esperanza, en ese momento, ya había problema con la finca: la tierra tenía su cerco y algunos de los dueños agarraban el terreno, ahí se pelearon, murió un hombre que era del rancho y empezaron los problemas con el patrón, que vivía en una comunidad muy cerca de Jolomijix. Al que mataron era el administrador. Después, en La Esperanza, escuchamos de la masacre de Panzós y entonces ya sabíamos que iba a haber guerra. Las personas que estábamos en la comunidad tuvimos miedo, a cada rato escuchábamos que mataban gente en diferentes lados y no nos organizamos, casi todos se fueron a la montaña a defenderse, así como pasó en San Miguelito, donde mataron al patrón de la finca.

Fue en el año 1980 – 1981 cuando entraron los ejércitos en mi comunidad y estuvieron seis años, salieron hasta 1986 de Sepur Zarco. Lo que hicieron cuando llegaron fue que empezaron a desalojar a la gente, quemaron nuestras casas, nuestra ropa, nuestra milpa y todo lo que teníamos. Los ejércitos dijeron que había llegado el tiempo de escoger a los que estaban en la lista, nos reunieron en la escuela y ahí fue cuando agarraron a otros dos hombres; ese mismo día escuché que les estaban pegando a los pobres como si fueran animales, como si fueran coches, estaban llorando y gritando. También a algunos capturados les decían que si conocían a los guerrilleros, que dijeran la verdad, que si eran miembros de la guerrilla y que tenían un documento con los listados de los hombres; así agarraron a mi esposo. Tal vez era otra persona a quien buscaban, porque algunos se habían ido y tenían el mismo nombre que él. Cuando agarraron a esos dieciocho hombres fue en el año 1981, los amarraron de sus pies y sus manos, fueron arrastrados por el tractor y los llevaron al destacamento de la finca Tinaja. También a mi papá y a mi primer marido los llevaron a la finca Tinaja en el tiempo de la guerra, todos se fueron en un mismo día y hasta ahora no sabemos en dónde se quedaron, si los enterraron o no.

Mi marido tenía su negocio de miel. Primero intentaron amarrarlo pero no pudieron y regresó a su casa, pero al siguiente día llegaron los ejércitos y le decían: "dijiste que no tienes la culpa, ahora vas a ir con nosotros, tenemos tu nombre". Yo no les dije nada, tenía miedo del documento que traían. Metieron papel en la boca de mi marido para que dijera si era cierto que era miembro de la guerrilla, pero él decía la verdad y además no sabía nada de los guerrilleros y yo tampoco. Con los ejércitos estaba una persona que enseñaba a quiénes se iban a llevar; ese hombre se llama Mariano Xo, él se había ido a prestar su servicio militar antes de la guerra, después regresó participando con los ejércitos. Yo sé que las personas a las que se llevaron no tenían la culpa. Los ejércitos le dijeron a mi marido que era guerrillero, que se mantenía en la montaña, le decían que de ahí traía las candelas y la miel; él trató de defenderse pero ya no le dejaron ir; el nombre de mi marido también era Juan Choc, los ejércitos se confundieron y se lo llevaron en vez del otro Juan Choc que vivía en Pomba'ac.

Nosotros estábamos reunidos en la comunidad Pomba'ac porque los ejércitos nos convocaron, también había hombres de la patrulla que estaban vigilando. Mi papá estaba conmigo cuando mi marido ya no estaba, fuimos los dos a la reunión: los militares le quitaron el dinero y su cédula, lo llevaron a la oficina en donde estaba el coronel y el coronel les preguntó qué les había pasado. Mi papá le dijo al coronel: "no sé por qué nos trajeron aquí". Los ejércitos le decían que era miembro de la guerrilla, que les daba de comer a los guerrilleros; él les decía que no pero de todas formas lo trataban muy mal, le

pegaban con arma y querían que dijera la verdad, pero él dijo que no sabía nada; estuvo un día en la finca Tinaja, en el mes de agosto de 1981. Lo mismo hicieron al marido de doña Antonia, le echaron la culpa diciendo que era miembro de la guerrilla y le empezaron a preguntar que si era cierto o no, y él se puso muy tímido y se agachó, los ejércitos entonces se dieron cuenta que sí era cierto, se lo llevaron y ya no lo encontraron. Cuando pasó eso, mi mamá empezó a llorar, pensaba que mi papá nunca iba a regresar, se quedó muy triste. También yo pensaba que no iba regresar, porque sabía que él participaba con los guerrilleros; todos los hijos empezamos a llorar pero al final lo dejaron salir y llegó a la casa hasta el siguiente mediodía.

Después de eso nosotras empezamos a investigar, los ejércitos nos decían: “sus maridos regresarán hoy en la tarde”, pero al final no llegaron. Entonces nos fuimos con el juez a preguntar por ellos y él nos dijo: “váyanse a la municipalidad”. Fuimos a preguntar allá pero nos dijeron que no sabían nada: “ellos deben estar donde viven los ejércitos, en la finca Tinaja”. Yo les dije: “tienen que saber. Creo que ustedes fueron los que mandaron a los ejércitos a nuestras comunidades”. Yo tenía a mis hijos, qué iba a hacer con ellos, estaban llorando, querían ir a ver a su papá, dónde lo iba a encontrar, me imagino que ya estaba muerto, habían pasado tres días y no había regresado. Entonces nos vinimos y nos quedamos donde estaban los soldados, en el destacamento, en la finca Tinaja; ahí tenían una casa, en el segundo nivel estaban nuestros maridos y nosotras nos quedamos en el primer nivel una noche, pero no nos

dejaron verlos y no querían responder si estaban ahí o no. El comisionado me estaba acompañado, me preguntaba en español y decía a los soldados: “yo sé que ese hombre no tiene la culpa, el que tiene la culpa ya se fue”, pero luego me dijeron: “a que tu marido ya se fue a la casa, váyase a darle su comida”. No era cierto, mi marido no estaba en la casa.

Nos regresamos y preguntamos otra vez en una aldea que se llama Saqijha; ahí estaba el comisionado también, nos dijo que él estaba muy preocupado por todo lo que había pasado, quería que yo creyera que estaba haciendo lo posible para averiguar, pero lo que me dijo era mentira. Al siguiente día, en el camino de vuelta le pregunté al mismo comisionado, que se llamaba Juan López y que vivía en la Esperanza, que si el juez no le había dicho nada de los hombres y él me dijo que mi marido ya se había ido. Yo le pregunté: “¿por qué nos estás mintiendo?, ¿por qué el listado de los hombres se vino para acá?”. Él me contestó que no sabía nada de ese problema y que tampoco sabía para qué estaban pidiendo el listado; entonces le dije que tal vez estaba involucrado en todo lo que estaba pasando y que qué culpa tenían los pobres hombres, ellos no estaban haciendo nada cuando los mataron, en cambio a los que cometen un error no les dicen nada, y ahí se enojó conmigo, me dijo que ya le había dicho a mi marido que no tenía que salir porque él había visto que tenían un listado y que tenían su nombre, que él tuvo la culpa, que no escuchó, si no, no le hubiera pasado nada.

Entonces le pregunté: “¿ahora qué vas hacer?, ¿vas a cubrir todos los gastos de mis hijos?, ¿vas a dar el dinero que

necesitan ellos? Yo sé que tú fuiste culpable de que nuestros maridos se murieran y ahora quiero que te encargues de chapear⁴ un poco de terreno para sembrar milpa, para que mis hijos tengan algo que comer”, y él mandó personas a chapear cinco tareas de terreno para que pudiera sembrar mi milpa, pero sólo fue una vez, después empezaron los problemas.

Y caminé desnuda

Soñé con el Tzuultaq'a cuando todavía no me habían violado; en mi sueño un perro me agarró de la mano; cuando los ejércitos me agarraron a la fuerza parecían como un perro igual al que soñé. También vi que pasaba entre casas grandes. En ese tiempo no sabía cuál era el significado, eso soñé cuando todavía no había empezado la guerra. Cuando murió mi marido, soñé que cambiaba mi corte y que me quedaba desnuda, y caminé desnuda, eso es la pobreza. “Si ustedes no van, aquí se van a terminar”, eso nos dijeron en sueños.

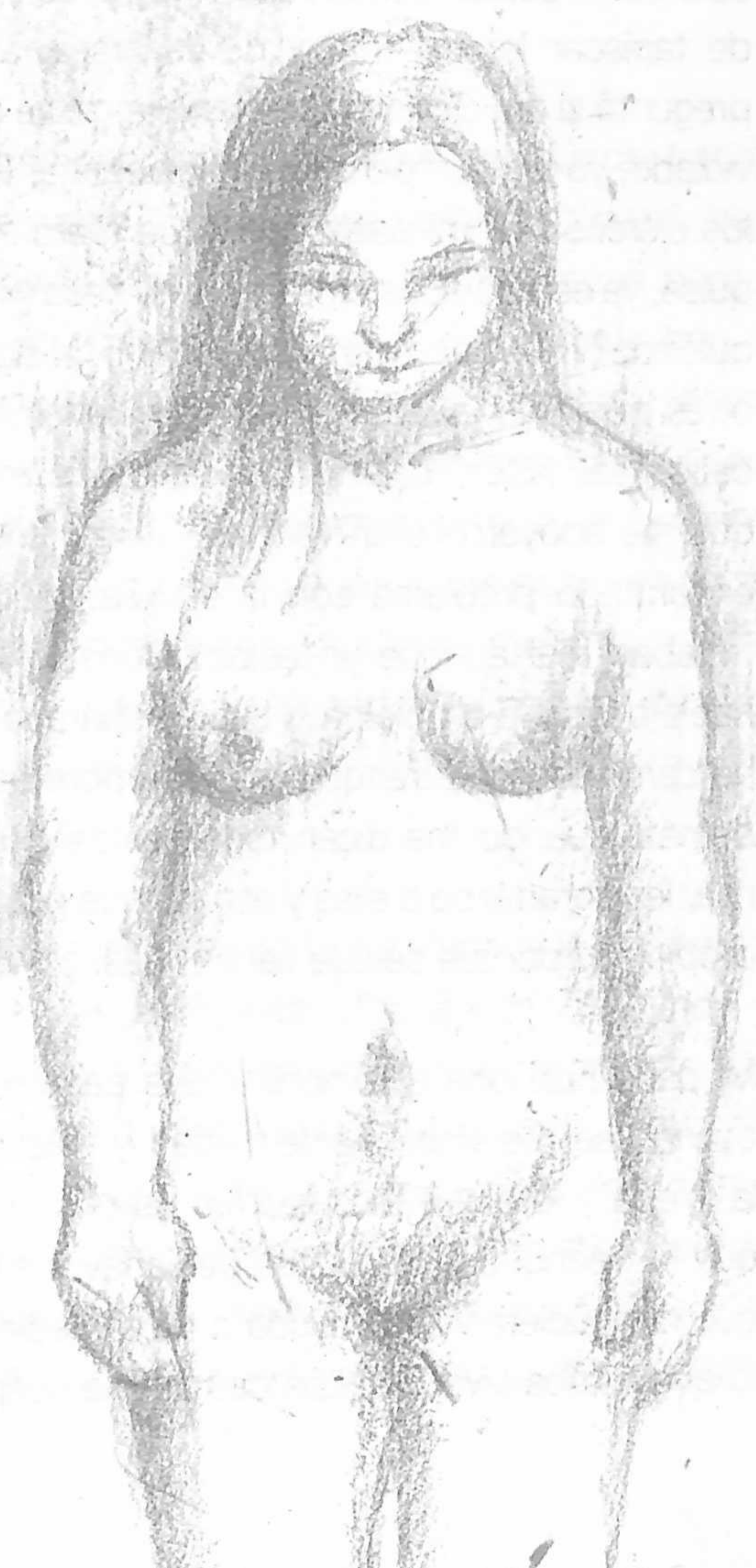
Cuando se llevaron a mi marido, en ese momento fui violada, me violaron en mi casa cuando vieron que ya no estaba él, pero estaban mis niños llorando y gritando de miedo, y yo no podía hacer nada; llegaron cinco ejércitos a mi casa pero sólo uno entró conmigo porque les dije: “no es justo que me violen varias veces, no soy animal. ¿Qué es lo que están haciendo? ¿Es una ley lo que están cumpliendo o no? ¿Es un deber lo que están haciendo o ustedes lo están inventando? Si lo están inventando, voy a ir al destacamento a hablar con el jefe de

4 Limpiar la tierra de malezas y hierbas con el machete.

ustedes porque me hicieron mucho daño. Me ven que soy una mujer, por eso me hacen así". Sólo eso pude decir a los ejércitos, ellos se asustaron y dejaron de hacerme daño.

Muchas mujeres fueron violadas, algunas tenían marido y otras estaban embarazadas, también violaron a las señoritas. Los ejércitos nos decían que tenían una reunión con los hombres, ellos se fueron a la reunión y nosotras las mujeres nos quedamos en la casa; los ejércitos aprovecharon, se fueron a las diferentes casas donde estaban las mujeres y ahí mismo nos violaron.

Los ejércitos nos hicieron mucho daño, mis hijos lloraban y me preguntaban por su papá, yo les dije que dejaran de preguntar, que su papá ya no iba a regresar y ellos me dijeron: "¿a dónde se fue? Aunque ya no regrese queremos saber si fue a trabajar o a dónde fue". Yo les dije que no sabía y ellos me dijeron: "vamos a buscar, tal vez vamos a encontrarlo", y fui con ellos para que no se sintieran tristes. Ahí se dieron cuenta de que no lo encontrábamos en ninguna parte y me dijeron: "era cierto lo que nos decías, que no vamos a encontrar a nuestro papá". Les dije: "no sabemos por qué se lo llevaron", que habían sido los ejércitos. Mis hijos estaban muy pequeños cuando se quedaron huérfanos, uno tenía cinco años y la otra cuatro. Después de eso no hallaba qué hacer para mantenerlos y ahí encontré mi enfermedad, de tanto pensar de cómo podía encontrar dinero para cubrir todos sus gastos.



El fuego y el miedo

Cuando me quedé sola y con todo el sufrimiento, mi papá vivía en Pencalá y yo todavía estaba en La Esperanza; él y mi abuela me ayudaron mucho. Él chapeó el terreno para sembrar mi milpa y así pude pasar la vida con mis hijos; cuando ya estaba sembrada mi milpa, se encargó de limpiar, de tapisca la mazorca y de llevársela a mi casa. Él me preguntó si era cierto lo que decía la gente de que me habían violado, yo le dije: “para qué voy a ocultar lo que me hicieron los ejércitos”, y mi papá quiso que fuera a su casa pero no quise, ya estaba acostumbrada a mi casa y mis hijos tampoco quisieron ir. Mi papá me ayudó un año, al siguiente año fueron otras personas de la comunidad quienes me ayudaron: me daban sal, jabón, cal, maíz, todo lo que me hacía falta. Los que me apoyaron eran vecinos, pero como siempre hemos encontrado problema con la envidia, muchas mujeres me trataban mal aunque yo estaba consciente de que nunca había buscado problema ni había separado familias, siempre he caminado con tranquilidad y siempre he respetado a las demás, cuando me dicen todas estas cosas mejor me da risa, les agradezco a ellas y espero que no pasen los mismos problemas porque sé que tienen hijas.

Mi papá hizo una ceremonia maya para pedir ayuda a dios cuando se me vino la enfermedad y el enojo. Fui a rezar a la iglesia y le dije a Dios todo lo que viví, y lloré por todo lo que he hecho. Los domingos pedía favor a los ancianos para que me pudieran pedir ayuda a Dios, pedía perdón por todo lo que estaba viviendo. Los demás me despreciaban, decían

que era casera de los ejércitos, que quería comprometer a sus maridos y todo eso me dolía mucho, pensaba que era pecado y que era la única a la que le había pasado así. Mis hijos no me preguntan y no les cuento, no es bueno; cuando me pasó ese sufrimiento todavía estaban pequeños. Sólo Dios y el Tzuultaq'a me dieron fuerza, ellos son el mismo, nos dan vida, tzuul es nuestra comida y nuestra agua, del Tzuultaq'a nacen todos los ríos.

Fue bien difícil mantener a mis hijos, tuve que buscar trabajo para poder comer algo. Es cierto que tengo a mi papá, pero no va cubrir todo el gasto que mis hijos necesitan porque tiene familia; si yo no hubiera aprendido a trabajar con él, saber dónde estaría ahora, pero aguanté y analicé dónde podía estar con mis hijos; me quedé en ese lugar, pensé en que ellos algún día iban a necesitar terreno. Hubo gente que me llamó a trabajar pero no quise ir, me daba miedo, no conocía a las personas ni el lugar dónde me iban a llevar, y no quise dejar a mis hijos con personas que me pidieron adoptarlos, no quise regalar a mis hijos sólo porque mi marido se murió.

A veces salía a buscar maíz con otra viuda que se llamaba doña Candelaria Yat, a Pataxte, Río Zarco, en Limos, el rancho, porque allí nos conocían y sabían que éramos viudas; había personas que tenían un buen corazón, como don Alberto, que nos regalaba comida; nosotras la compartíamos y con eso nos pasábamos los días. Doña Candelaria porque también había sido violada, siempre nos acompañábamos a todos lados. Ella era de San Marcos pero cuando mataron

a su marido se vino para Sepur Zarco. ¡Ay, Dios! Doña Candelaria no me maltrató, siempre me llevé bien con ella. Las otras mujeres en la Esperanza y Sepur Zarco veían que andábamos las dos juntas y nos decían que éramos caseras de los ejércitos. También tenía una amiga allá en mi comunidad, se llamaba Margarita, pero ya se murió, todos los que me apoyaron ya murieron y me duele mucho recordarlos, ahora ya no me están viendo pero cuando estaban vivos me querían mucho, igual a mis hijos.

Cuando pasó todo eso nos sacaron de nuestra comunidad y quemaron nuestras casas. Mi marido tenía su milpa pero ahí la dejé y otras personas la aprovecharon. Nos quedamos asustados, nadie nos dijo que fuéramos a la montaña, lo único que hicimos fue escondernos en una montañita que estaba cerca de mi casa y cuando llegaba mediodía nadie salía a pasear, teníamos mucho miedo del fuego. Nos quedamos enfermos, no nos sentíamos bien, siempre teníamos miedo porque no conocíamos el arma de fuego hasta que empezó ese problema, luego todos los de las comunidades de la Esperanza, de San Marcos y de Pomba'ac ya estábamos acostumbrados.

“¿Acaso ustedes son perros?”

Fue en el año 1986 cuando fuimos desalojados de mi comunidad, los ejércitos nos obligaron a ir a Sepur Zarco, estuvimos en esa comunidad cinco años. Como yo tenía un familiar que se llamaba Pedro, que era hijo de mi tío, él construyó mi casa; yo tenía algunas cosas como mis ollas y unas láminas que rescaté, pero otras cosas como maíz y nuestra ropa, él se encargó de comprarlas para mantenernos a mí y mis hijos. Mi sobrino vivió dos años conmigo y después construyó su casa. Las otras personas se quedaron en casas de las personas que se habían ido a la montaña; otras viudas se quedaron a vivir en una misma casa y algunas se juntaron con otro hombre o salieron a buscar posada con otras personas de Sepur Zarco.

Viví con mi primo, él ya sabía que las otras mujeres hablaban mal detrás de mí y me dijo: “es mejor que te quedes viviendo conmigo”. Su familia me ayudaba y me cuidaba, cuando salió y me dejó sola fue porque mi tía Olga se enojó mucho por lo que las personas decían: “doña Demecia es casera de los soldados, las viudas están acostumbradas a hacer cosas con los ejércitos, por eso no buscan otro marido. Ah, esa mujer ya no sirve. ¿Por qué la recibes en tu casa”. Mi tía creía en lo que decían las personas, yo me daba cuenta cuando se enojaba: no me dejaba ni tocar sus cosas, por eso me fui a vivir unos días con doña Candelaria y a veces iba a quedarme en la casa de mi mamá en Manguito. Hasta después se dio cuenta de que no era cierto lo que decían, de cómo yo no encontraba nada de problema y además no llegaba nadie conmigo ni de día ni de noche.

Estaba viviendo con mi primo cuando llegaron los ejércitos con él. Los recibió en la puerta, yo estaba en la cocina y no escuché que los militares le dijeron que era obligado que yo fuera al destacamento a prepararles comida. Entonces mi primo me dijo: “ustedes mañana se van al destacamento a trabajar, así dijo el comisionado”, si no, lo mataban. Las mujeres viudas tuvimos que ir: dos iban un día, al siguiente día iban otras dos a preparar arroz, frijol y tortear; mis niños iban conmigo porque no había con quien dejarlos y necesitaban comer. Los ejércitos se dieron cuenta de que estábamos trabajando ahí y fuimos violadas otras veces, algunas de las mujeres que pasaron eso, todavía viven en Sepur Zarco.

Ninguna de las mujeres que tenían esposos fueron al destacamento, sólo las viudas. Lo que querían los ejércitos era violarlas; a veces regalaban algo para los niños, pero cuando la gente se enteraba de que los ejércitos daban un ricito a los niños, decían que era su padrastro. También hubo algunas mujeres que se enamoraron de los militares y cuando ellos se fueron algunas empezaron a llorar, aunque sabían muy bien que eran los culpables de la muerte de nuestros maridos. ¿Acaso no pensaron en lo que ellos pasaron? Mi primo se dio cuenta y cuando llegó a la casa me dijo: “¿no estás llorando por tu esposo? Las otras estaban llorando cuando vieron que se fue un carretón”. A mí me dio risa cuando me dijo eso y le dije que no tenía derecho de decirlo.

Al destacamento también fue obligada a ir doña Candelaria, con ella hablé de lo que nos hicieron los militares. Había un señor de apellido Tacaj que era militar; él quiso molestar a

doña Candelaria pero yo le dije a ella que no le diera lugar, me preocupaba que se quedara embarazada, ¿quién la iba a mantener? Entonces entendió. Le dije: “vamos a maltratar a los militares para que no la sigan molestando”, fuimos ahí y les dijimos: “¿por qué nos están haciendo eso? Estamos preparando sus comidas y todavía nos quieren hacer daño, lo que están haciendo no es su trabajo, su trabajo es velar por los pueblos, no vinieron a molestar a una viuda, no tienen derecho de hacer lo que están haciendo. Si un día esa señora se queda embarazada, ¿quién la va mantener? ¿Acaso ustedes son perros?”. Los militares se enojaron con nosotras, pero eso era lo que yo sentía en mi corazón, aunque les tenía miedo porque tenían armas. Sólo así dejaron de hablar a doña Candelaria y ella me dijo: “eres una mujer lista, dijiste a esos diablos que ya no tienen que molestarme”, y se rió. Ay, Dios, antes, cuando estuvimos juntas, estábamos contentas pero ahora ya no. No la fui ver cuando se murió como en el año 2002, porque ese día yo estaba enferma, sólo escuché que preguntó por muchas personas, se empezó a despedir y dijo: “nosotras sufrimos mucho durante la guerra”. También llegó otra señora que se llama Victoria y otra Candelaria, y doña Candelaria empezó a llorar y abrazó a sus compañeras y les dijo: “ahora me voy a morir. No sé si ustedes más adelante vayan a recibir un poco de dinero, algún día el gobierno va a reconocer el daño que nos pasó”.

Siento que arde en mi corazón como chile

Después de todo eso nos quedamos asustadas, teníamos mucho miedo al arma de fuego y a lo que hicieron los ejércitos cuando nos violaron, desde ese momento me quedé enferma, no me siento bien; cuando una se queda asustada es cuando le tiembla todo su cuerpo, siempre estoy cansada, me duelen mis brazos, siento que mis pies están bien helados y como que alguien me va a asustar, me duele la cabeza y me dan ganas de vomitar. Siento que arde en mi corazón como chile, siento que en mi mente tengo como chile, porque arde, y que ya mero me muero. A veces me calmo con medicamento, pero eso no va salir nunca, lo tengo en todo mi cuerpo. Los soldados no tenían un machete sino fuego en sus manos. Siempre siento mucho miedo cuando alguien dice que va a volver la guerra. En eso está mi preocupación, no sé si me voy a salvar y pienso más en mis hijos.

Entré en la religión evangélica luego de que terminó la guerra, pero me salí cuando empezaron a pelear en la iglesia. Hay algunas que critican y son celosas por sus maridos. Donde logré salir adelante fue participando en reuniones. Primero llegaron las personas de El Estor que trabajan en centro Claret y nos reunieron a todas las viudas, nos dijeron que si queríamos aprender a bordar güipiles, a hacer moral y croxe, y entramos en ese grupo a aprender, pero nos costó mucho porque nuestra mente ya es dura. Lo que hacíamos ahí era bordar, ellos se encargaban de venderlo y cuando lo vendían nos daban 20 quetzales a cada una, pero eso nos llevaba tres semanas hacerlo, entonces lo que nos daban no nos alcanzaba y tuvimos que ir a limpiar terreno para tener un poco de dinero.

Después llegó CONAVIGUA y nos salió un proyecto de lámina; antes usábamos manaca⁵ para hacer el techo de nuestras casas pero ahora ya no hay mucha. También Roberto Pérez nos regaló un poco de lámina cuando participamos en su grupo, tal vez ya habían pasado siete años de la guerra. CONAVIGUA todavía trabaja en las comunidades, por ella salen proyectos para las personas que viven cerca del río. PROSIDEC, que está en Panzós, también nos dio lámina, ahí participaron hombres y mujeres, no era para viudas sino para todas las personas. En las exhumaciones que hizo Derechos Humanos y FAMDEGUA, fuimos todas las personas que estamos aquí en la comunidad; participé porque pensé que iban a encontrar el cuerpo de mi esposo, y sí encontraron muchos pero el de él no.

Si participamos en las reuniones es para poder ayudarnos entre nosotras y para desarrollar nuestra mente. Hay personas

5 Palmera.

nos maltratan y nos dicen que no tenemos trabajo y que por eso andamos juntándonos; hay mujeres que también son viudas que no participan porque sus segundos maridos no les dan permiso o porque las otras mujeres que tienen esposo piensan y hablan mal de ellas. Tal vez ellas quieran aprender nuevas ideas pero se mantienen en sus casas, en cambio yo sí voy y también les he dicho que deben participar, pero me dicen: "no podemos porque tenemos hijos".

Así me pasó antes: el que es mi segundo esposo vivía cerca de la casa que había construido mi primo cuando nos trasladaron a Sepur Zarco; las personas le empezaron a contar que yo había sido casera de los ejércitos, le decían: "¿por qué te juntaste con esa mujer?". Por esa razón encontramos problemas, él empezó a maltratarme y a pegarme pero yo no dejé que me pegara y le dije: "¿por qué llegaste a pedirme si sabías que soy casera de los ejércitos?". Tiempo después se calmaron los problemas, cuando entré a participar con los grupos y le contaba a mi esposo todo lo que escuchaba en las reuniones, y así se tranquilizó. Le dije: "si me vas a seguir maltratando, ya sabes que estoy participando en un grupo de mujeres, si me vas a hacer daño no sé hasta dónde vamos a llegar." Eso fue hace como tres años; antes sufrí mucho porque me decía: "¡ah! Es que usted fue violada", pero yo le contestaba que no fue mi voluntad sino que me obligaron, y de todos modos que no es mi papá para que me esté pegando. Yo no agarro nada para defenderme, sólo lo hago con palabras. A veces pido permiso, pero a veces también tomo la decisión de irme a las reuniones. Él cambió, ahora que estoy saliendo a participar en otras partes, le digo que si quiero estar, voy a estar, puedo ir porque estoy libre y

también le digo: “si quieres estar con tranquilidad, pues está bien, si no, te puedes ir y si yo quiero buscar trabajo, también lo puedo hacer”, porque llegan momentos en que él ya no quiere buscar dinero para todo el gasto de la casa.

Corazón de la tierra y corazón del cielo

Ahora en mi comunidad todos me hablan y ya no hay muchas mujeres que sean celosas con sus maridos, ya se está desapareciendo la envidia; el comisionado antes vivía en La Esperanza pero se dio cuenta de todo lo que hizo y cambió de lugar; todas las que quedamos nos enojamos y pensó que íbamos a decir que pagara por lo que hizo, escuchó que le iban a denunciar pues las personas supieron que él dio el listado a los ejércitos y sabemos que murieron dieciocho personas, entre ellos jóvenes y señoritas.

A veces encontramos problemas, me enfermo y mis hijos no llegan a visitarme y me siento triste, pero no me gusta regañarlos, ya son grandes. Antes sí me respetaban, pero ahora como están en sus casas, ya no me ven como su mamá, me dejan sola. Les di consejo y no lo guardaron; he platicado con ellos de que cuando no llegan me siento triste y me dicen que tienen mucho trabajo. Mi hija me dijo que quería venir a verme pero que no puede, que gastó mucho dinero cuando sembró su milpa y que cuando tenga va a venir aunque viene de lejos; ella está bien, no tiene problemas con su marido. Una vez la soñé, vi que llegó a mi casa, tal vez porque piensa mucho en mí.



Mis hijos más grandes no se llevan entre ellos: un día mi hijo le pegó a su hermana, le sacó sangre de la boca cuando todavía estaba sola y así vinieron los problemas. Yo lo regañé y le dije que él no tiene derecho, además su hermana me ayuda cuando yo me enfermo y él nunca se preocupa por mí, aunque vive en La Esperanza.

Mi nuera tampoco me apoya cuando me enfermo, no atiende a mi esposo ni a mi otro hijo pequeño; a veces mi marido y mi hijo compran sus tortillas o mi hijo hace sus tamalitos para comer y lava mi casa. En cambio, cuando está mi hija conmigo, no me preocupo por la comida, me ayuda mucho. Ella se animó a irse cuando encontró problemas con las personas: muchas mujeres son celosas de sus maridos y como ella participó en CONAVIGUA durante tres años como promotora, se iba a hacer reuniones en las aldeas y decían que andaba haciendo cosas con los hombres, que se quedaba parada en el camino platicando con sus esposos. Una vez le pegaron en el camino, por eso es que aceptó juntarse con su marido; si eso no hubiera pasado, no se hubiera ido y estaría participando ahora en las comunidades.

Con mi hijo más pequeño no hay problema; me acaba de comprar un corte y un güipil porque le he contado cómo lo mantenía cuando era pequeño, me ayuda y cuando trabaja me da un poco de dinero, pero le duele mucho cuando su papá me maltrata y cuando toma, me defiende y le dice a su papá: "¿por qué estás maltratando a mi mamá? Ella no te metió la botella en tu boca"; se enoja porque él no da dinero, sólo gasta en licores.

Yo participo con los ancianos cuando reciben su capacitación, después nos dicen qué es lo que están estudiando y qué es lo

que tenemos que hacer en la ceremonia maya, cómo debemos de hablar con los Tzuultaq'a. A nosotras nos falta saber dónde nació la ceremonia pero ahora los que están estudiando ya aprendieron de la cruz maya; es importante saber dónde sale el sol y dónde entra la noche, también dónde sale y dónde entra el aire, y el centro tiene su significado, es el corazón de la tierra y el corazón del cielo.

Nosotros pedimos a nuestros abuelos y abuelas que protejan a sus nietos para que no les pase nada en sus caminos, por eso mencionamos los nombres del Tzuultaq'a, todos tienen sus nombres: Petrona, Rosario, Simona, Chajkoj, Juanita, Qawa, Saqiqib, Itzam. Esa es la costumbre que le enseñé a mi hija y que también quiero enseñar a mis nietos.

Este año (2006) los del Plan Nacional de Resarcimiento nos hablaron sobre los documentos que estamos sacando en la municipalidad y también nos dijeron que hay personas que tienen miedo de ir a la cárcel, pero que ellos ya hablaron con los que trabajan en la municipalidad y llegaron a recibir capacitación allá en Cobán para que no tengan miedo. Para mí es importante lo del resarcimiento, porque cuando me quedé sola busqué la manera de mantener a mis hijos, porque sufrí mucho y para que el gobierno sepa lo que nos pasó a las mujeres. No voy a ocultar nada. Los de la comisión nacional de resarcimiento nos dijeron ayer que nosotras las mujeres no debemos ocultar nada de lo que hicieron los soldados, si fuimos violadas también lo podemos decir.

También hay problemas, hasta con conocidas del grupo; la gente pelea por el dinero que reciben, dicen que están cobrando el precio de los huesos de sus maridos. El hijo de mi cuñada dijo que lo van arreglar conmigo y quiere que le dé mil quetzales; un día hasta paró a mi esposo para pegarle por ese dinero y le dijo: “te estás comiendo el precio de mi tío”. Es muy doloroso escuchar todo eso. Yo le di quinientos a mi cuñada pero ella no quiso recibirlos, quería mil; le dije que dónde iba a conseguir eso: “¿no te das cuenta de que yo tengo hijos de mi finado marido? No me ayudaste cuando me quedé sola con mis hijos, si lo hubieras hecho entonces tendrías derecho de exigir un poco de lo que recibí”, y ella me dijo: “sí, es cierto, pero también te diste cuenta de que sufrimos lo mismo”. Pero yo estoy luchando y ella quiere que le de agua en su boca.

Estoy participando en diferentes organizaciones. Siento que si algo me pasa no va quedar sólo así. También me ayuda un poco que entre todas nos sintamos contentas. Así sale un poco el dolor que está guardado en mi corazón. Lo que quiero lograr cuando cuento mi historia es justicia, para que las personas que nos hicieron daño se den cuenta de que nos hicieron sufrir a nosotras las mujeres y a nuestros hijos, y para que algún día ellos paguen lo que nos hicieron. Quiero tener todas las historias que he contado en un libro, junto con las historias de las otras mujeres, para que mis hijos se den cuenta y sepan que es cierto lo que estoy diciendo. Siento que cuando contamos nuestra historia, estamos limpiando nuestro corazón de todo lo que vivimos en la guerra.

Polochic, 2006

En 2005, Dorotea se encuentra con Actoras de Cambio. Decide unirse a otras 54 mujeres mayas de diferentes regiones del país, para empezar a hablar de la violación sexual sufrida durante la guerra y cambiar el destino que le había sido impuesto.

En este proceso, rompe el silencio, descarga su corazón, deja las ataduras de la culpa, de la vergüenza y del terror impreso en la piel. *Un arroyo es el camino que trajimos. Antes, había un montón de basura en este río, ahora quedó todo lo bueno, ahora ya estamos limpias como este río. La tristeza ya no la siento, pues ya la saqué. Ahora yo estoy tranquila y feliz.*

Juntas levantan la mirada. *¡La vergüenza es de ellos, no de nosotras! Cuando aclaré todos mis sentimientos, todo lo que sufrí en el tiempo de guerra, como que fue la medicina para mí. Me sentí una mujer grande.*

Acompañadas de otras mujeres, recuperan la posibilidad de sentirse dignas, seguras y cómodas con su propio cuerpo; recuperan las ganas de reír y de bailar. Más allá de sobrevivir, empiezan a vivir... *Pusimos hojas y flores al árbol.*

Y porque no quieren que le vuelva a pasar a otra mujer, ni a sus hijas, ni a sus nietas, deciden alzar la voz y recuperar la memoria de lo ocurrido a las mujeres mayas durante la guerra.

Hay que seguir hablando, hay que seguir diciendo, y seguir exigiendo nuestros derechos a la justicia, porque no es justo que nos violen, para que algún día no muy lejano ya no le hagan daño a las niñas y a las mujeres.



1. Todo este proceso colectivo de sanación, autoconciencia, y reconstrucción de la vida ha sido registrado por el libro "Tejidos que lleva el alma", Amandine Fulchiron (coord.), Angélica López y Olga Alicia Paz, F&G Editores, 2009.
2. Desde el año 2008, lo han hecho en diferentes espacios públicos. Ver en particular las memorias del Festival por la memoria de Huehuetenango, "Sobreviví, Estoy Aquí, Estoy Viva"; y de Chimaltenango, "Yo soy voz de la memoria y cuerpo de la libertad".

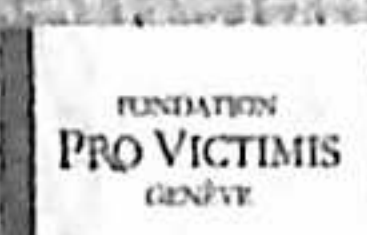
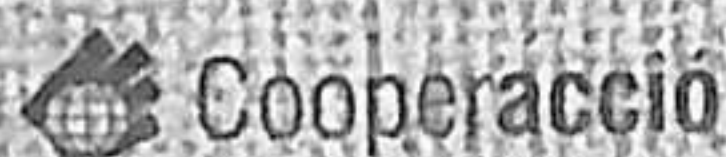
Estas nueve historias de vida se inscriben en un proceso de recuperación de la memoria en el que mujeres mayas decidieron romper el silencio y sanar las heridas dejadas por los crímenes sexuales cometidos sistemáticamente contra ellas durante la guerra. Sus historias fueron la base del libro "Tejidos que lleva el alma".

A través de su voz, están convocando a la sociedad a conocer esta parte silenciada de la historia, a desarticular la guerra, el racismo y la violencia sexual de nuestras vidas, y escribir otra historia de dignidad, libertad y bienestar para todas las mujeres y la humanidad en su conjunto.

¡Gracias mujeres maravillosas por haber levantado la voz con tanta valentía, fuerza y dignidad!

¡Que sus voces sirvan de semilla para que algún día, no muy lejano, ya no le hagan daño ni a las niñas, ni a las mujeres!

ACTORAS DE CAMBIO



Consejería en Proyectos
Project Counselling Service

IDRC



CRDI

International Development
Research Centre

Centre de recherches pour le
développement international

Biblioteca Central
USAC



4701255337

actoras de cambio